

las acordadas de aquel lugar, había reunido á su gente y tomado una altura inmediata desde donde permanecía su actitud hostil. Esta página negra de la historia de su vida, hizo Guadarrama que se olvidara batiéndose heroicamente en Querétaro y derrotando á Márquez en San Lorenzo con sus caballerías.

El general Salazar mandó dar descanso á la tropa y servir el rancho; pero al saber que se habían desprendido dos columnas francesas en su busca, una de Zapotlán y otra de Sayula, abandonó la plaza de Tequitián á las dos de la mañana. Era de suponerse que estas columnas obraran en combinación con las fuerzas de Michoacán, y como Salazar sólo contaba á la sazón con mil y pico de hombres, se resolvió á tomar guías y á dirigirse por la Sierra del Favor para el Estado de donde había salido. —Aquella expedición fué un verdadero Calvario; tres días y tres noches caminaron sin descanso y casi sin alimentarse por aquellas fragosidades, habiendo dejado todo el trayecto sembrado de cadáveres y enfermos y habiendo quedado la fuerza en un estado lastimoso. El 19 de febrero de 1865 llegó la columna á la Villa de los Reyes, en donde se resolvió Salazar que la fuerza descansara, se lavara sus andrajos y comiera con tranquilidad, á pesar que esa población estaba rodeada de enemigos; dispuso que la caballería pasara á Peribán por no haber pasturas en los Reyes, con lo cual se quedó reducido á trescientos y pico de hombres. Como no había exploradores, la única precaución que se tomó, fué colocar vigilantes en la torre de la iglesia para que avisaran por medio de campanadas la dirección que traía el enemigo, en caso de que intentara un ataque sobre la plaza. A medio día del 20 de febrero toda la tropa se encontraba en el río, bañándose, limpiando sus armas y lavando

su ropa, cuando intempestivamente se oyó el toque de alarma, que anunciaba la aproximación de una columna enemiga por el rumbo de Zamora. Salazar tocó personalmente generala en el zócalo de la población y violentamente llegaron á ese lugar los soldados, unos á medio vestir, otros desnudos y otros con sus andrajos (que no eran otra cosa sus ropas) ya perfectamente limpias. El general en jefe apenas tuvo tiempo de cubrir las boca-calles, de subir á la iglesia unos cuantos hombres y de bajar y poner sobre sus cureñas un obús, enfilándolo en la dirección por donde venía la columna franco-traidora. Ese punto, donde estaba el cañón, fué cubierto por el batallón *Gulas del Ejército* que mandaba Villada, que era el que más confianza inspiraba á Salazar. Allí también estaba el pequeño batallón que mandaba el teniente coronel Antonio Domínguez, y este fué el que recibió la orden de que flanqueara la columna que atacaba y que constaba según datos que se confirmaron por partes oficiales de 300 zuavos y 400 traidores á las órdenes los primeros del capitán Banderbak y los segundos á las del teniente coronel Padilla.

El enemigo atacó en columna y á paso de carga, y como Salazar dió orden de que no se le disparara un solo tiro sino hasta que estuviera á media cuadra de distancia, Villada esperó la aproximación de las fuerzas no obstante que desde que rompieron sus fuegos principiaron á causar daño á nuestros soldados. Banderbak avanza rápidamente, y en esos momentos Salazar manda que descarguen sus soldados produciendo esto un desastre en el enemigo. Al caer herido el jefe de los zuavos, se produce el mayor desorden y la más grande desmoralización; los franco-traidores se dispersan en precipitada fuga y la victoria sonríe á las armas de la República.

La columna que Salazar había mandado para que flanqueara al enemigo y que mandaba el teniente coronel Domínguez, fué desvaratada, habiéndose desmoralizado tanto dicho jefe, que huyó á muchas leguas de distancia, no obstante que el triunfo fué completo, cayendo prisioneros Banderbak, mal herido, el traidor Padilla, muchos oficiales y la mayor parte de la tropa tanto extranjera como mexicana. Cada jefe republicano se llevó consigo á los prisioneros que hizo, y entre los cogidos por el señor Villada se encontraba un caporal de zuavos llamado Rousseau, que tenía una pierna hecha pedazos por un metrallazo. En las primeras horas de la noche avisaron á nuestro biografiado que aquel herido no podía sufrirse, pues daba gritos lastimeros pidiendo que le amputaran la pierna ó le dieran un balazo. Villada se trasladó al cuartel y vió efectivamente que era lamentable el estado de aquel hombre que le pedía con las lágrimas en los ojos que le hicieran la amputación. Pero ¿cómo podría llevarse á efecto aquéllo?—No había médico en la población y sólo existía un pequeño botiquín que estaba cerrado por haber huído su dueño; pero conmovían de tal manera los clamores de aquel desgraciado, que Villada se resolvió á hacer la operación, á pesar de todo, saliendo al momento en busca de su compañero, el teniente coronel entonces José Dolores Vargas, que había sido estudiante de medicina y que después de reiteradas instancias se resolvió á salvar ó á matar á Rousseau. Se tropezaba entonces con la falta de instrumentos, buscándose activamente los que pudieran suplir, y después de diligentes trabajos se encontraron un cuchillo de zapatero, una sierra de las que se usan para cortar los espolones á los gallos y una pequeña lima de carpintería. Se consiguieron unas varas de

manta para las vendas, seda para amarrar las arterias y cerato que se encontró en el botiquín. Villada logró convencer al coronel Espiridión Trejo que les ayudara, y con aquellos elementos principiaron los tres jefes la faena quirúrgica. Al acostar sobre una mesa al caporal zuavo se temió por su vida; pero era indispensable exponerle á todo para procurar salvarlo de una muerte segura. La operación principió: mientras Vargas cortaba, Trejo sostenía la pierna, y Villada ataba las arterias. El infeliz que fué presa de dolores inexplicables durante dos horas, pudo al fin salvarse, no encontrando manera de explicar su gratitud á Villada, á quien le decía que le debía su felicidad futura y la tranquilidad de su familia; que el deber militar lo había traído á México á combatir la República, siendo él republicano; pero que entonces ya se sentía dichoso, pues regresaría á Francia en donde sería condecorado y consignado á inválidos, y allí pasaría tranquilo el resto de su existencia.

Y si es digna de recuerdos la brillante conducta de Villada durante el glorioso combate de los Reyes, también es digna de especial mención su conducta con Rousseau, pues ella pone de relieve los sentimientos de su corazón humanitario. Esta victoria es sin duda una de de las que más honra nuestra historia militar y sería muy justo, como la prensa lo ha anunciado, que el gobierno michoacano creara una condecoración para los valientes republicanos que se distinguieron en ese glorioso hecho de armas.

VII

Como se recordará, las condiciones en que Salazar se separó del Estado de Michoacán eran desastrosas,

pues se había cometido un acto de insubordinación y por él estaban expuestos además de combatir con el imperio, á tener un encuentro con las fuerzas del general Arteaga. El teniente coronel Villada inspiró á su jefe la idea de nombrar una comisión que fuera á Huetamo á llevar al cuartel general el parte de la espléndida victoria que se había obtenido y á reconocer desde luego á Arteaga como general en Jefe, poniéndose inmediatamente á sus órdenes. Salazar aceptó esta idea y nombró al señor Villada como jefe de esa comisión, de la que formaban parte los tenientes coroneles Trejo y Vargas, llevando por única escolta diez soldados bien montados y de toda confianza. La expedición era larga y sumamente peligrosa, pues había necesidad de pasar por puntos ocupados por el enemigo. Esto no fué un obstáculo y el 22 de febrero salió la comisión de Los Reyes. El siguiente día llegaron á Tancitaro teniendo que sostener una escaramuza para abrirse paso. El viaje continuó sembrado de espinas, pues hubo ocasiones en que por estar rodeados de enemigos, se vieron precisados á esconderse en el campo todo el día y tener que caminar amparados por las sombras de la noche y por extraviadas veredas, pues temían un encuentro con las guerrillas del famoso jefe imperialista conocido popularmente con el nombre de el *Manco Espinosa*, que era oriundo de Apatzingan. Al pasar por la Huacana, Villada se encontró con el licenciado Francisco W. González quien, sabedor del objeto de su viaje, le dió espontáneamente cartas para el general Arteaga en las que le encarecía que perdonara los extravíos de Salazar, por exígerlo así la salud de la patria.

La comisión fué bien recibida por el general Arteaga y pronto quedaron allanadas todas las dificultades, lo

cual fué celebrado entre el ejército republicano, que veía con gusto aquella unión, pues esperaba de ella numerosos triunfos para la causa que defendía. Una vez que se llegó á aquel arreglo, el teniente coronel Villada recibió orden de Salazar de que se le incorporara en Tacámbaro y de fusilar en el camino, si lograba atraparlo, al licenciado Blas José Gutiérrez Flores Alatorre, que se había desertado con algunas circunstancias agravantes.

El movimiento de las fuerzas liberales de Los Reyes había obedecido á un aviso que tuvo Salazar de que salía de Morelia una fuerte división á las órdenes del general De Pottie con objeto de batirlo, y como no tenía elementos para sostener un combate, había marchado para Tacámbaro, dejando en Los Reyes los prisioneros franceses, comprometidos bajo su palabra de honor á que se le presentarían en el lugar que les ordenara. De Pottie hizo faltar á aquellos soldados al compromiso contraído con el jefe mexicano, incorporándoles á sus fuerzas.

Villada no pudo coger al licenciado Gutiérrez que había huido para Morelia, y al incorporarse con Salazar en Tacámbaro debía haber un nuevo conflicto. En efecto, Villada al dar cuenta de su comisión, puso en manos de su jefe todos los documentos oficiales y cartas particulares de que era portador, entre las cuales iba, no sabemos porqué, la contestación de Arteaga al licenciado González, en la cual decía que *perdonaba* á Salazar el acto de insubordinación que había cometido. La palabra *perdón* le lastimó de una manera tan profunda, que en un acto de exaltación increíble, se dirigió con Villada al alojamiento de Riva Palacio, á quien manifestó que le iba á entregar el mando inmediatamente, por que él se retiraba á vivir con su familia en

los montes, mientras durase la intervención y el imperio.— Tanto el general Riva Palacio como el Sr. Villada trataron de hacerle ver los resultados funestos que podía tener esa determinación, pero no lograron convencerle é inmediatamente entregó el mando á aquel jefe.

Después de aquel lamentable incidente llegó á Tacámbaro el general Arteaga y ordenó que se fraccionara la división en brigadas y salieran éstas á expedicionar por diferentes puntos. Al teniente coronel Villada le tocó formar parte de la Brigada Régules, con su batallón que se llamaba *Primer Lijero*, y desde luego principiaron las admirables expediciones de aquel jefe, cuyo valor, actividad y energía eran proverbiales. En estas peligrosas excursiones en que Régules amagaba ora una plaza para hacer en la noche un movimiento oculto, ora recorría con vertiginosa rapidez 10 ó 12 leguas para librar un combate, tuvieron que pasar cerca de Ario de Rosales, por un rancho llamado Urapita. Próximo á ese lugar, la tropa atravesó por una serranía hermosísima, que presentaba primoroso aspecto, y en donde se produce una planta que dá una hoja ancha, parecida á la del tabaco, la superficie de la cual está cubierta por una sabrosa fruta, muy parecida á la cereza. Con excepción de Régules y Villada todos comieron dicha fruta, muchos con avidez por que sentían que se les calmaba la irritación que les producían aquellas penosísimas marchas. Pocos momentos después, los soldados caían de los caballos, arrojaban por tierra los fusiles y echaban espuma por la boca con vivas señales de intoxicación. Bajaron al rancho de Urapita, y no obstante que estaban próximos á Ario, donde se encontraba el enemigo, Régules dió orden que se hiciera alto para atender á los

enfermos. El pánico que allí reinaba era terrible: esa noche no hubo ni avanzadas, ni exploradores, ni guardia, pues la mayor parte de la tropa se revolcaba en el suelo con las convulsiones de la muerte. Las mujeres que no estaban envenenadas, daban gritos aterradores al ver morir á sus maridos, y ante aquel espectáculo nadie recordó que era probable un ataque del enemigo.

El general Régules mandó buscar á los indios del lugar, que habían huído á los montes, para que dieran el contraveneno de aquellas frutas, y ellos indicaron que sólo era aplicable el nixtamal, con el cual podían salvarse los soldados. Al punto se mandó buscar cuanto existía en las inmediaciones y con él se evitó una muerte segura á la mayoría de la tropa.

Con aquel ejército de convalescientes pudo Régules continuar su marcha el día siguiente, dejando en Urapita veinte soldados y cinco oficiales, que fueron fusilados al llegar á aquel punto el ejército enemigo.

Después de amenazar la plaza de Quiroga, en marzo de 1865, fueron á caer sobre la de Cuitzeo de la Laguna, defendida por fuerzas imperialistas mandadas por el jefe Izquierdo. Aunque el enemigo tenía bien fortificada la parroquia y la plaza, se ordenó el asalto, y algunas horas después los fuertes estaban tomados. A Villada le tocó asaltar la parroquia y coger allí prisionero á Izquierdo, en los momentos en que huía en un hermoso caballo que el general Régules regaló á nuestro biografiado.

Tras de esta espléndida victoria se dirigieron sobre Tacámbaro, con objeto de asaltar la plaza. Hé aquí cómo refiere el ilustre escritor Gutiérrez Nájera este episodio glorioso de nuestra historia:

"En este último once de abril, fecha en que la muer-

te hizo inmortales, se publicó el prólogo de un libro que la inteligente Srita. Natalia Jáuregui ha escrito y se propone publicar, revelando las intimidades de su heroico padre, vilmente asesinado en Tacubaya por los verdugos del partido conservador. Promete ser curiosa la obra, no sólo por el talento de la autora, porque, sin duda, contendrá datos desconocidos é importantes respecto á los fusilamientos del once de abril.

Diríase que ese día funesto y glorioso ciñe con festones de laurel á la familia Jáuregui. Dos veces la han visitado en él la muerte y la inmortalidad: la primera, en Tacubaya; la segunda en Tacámbaro.

El once de abril de 1865 fué una jornada gloriosa de nuestras luchas con el invasor. Necesitaríamos no una pluma, sino un buril, no una página, sino una plancha de bronce, para grabar ese episodio homérico.

Un eslabón de plata liga la acción de Tacámbaro que es á la que nos referimos, con los asesinatos de Tacubaya. En la mañana de ese día memorable, un joven oficial, de apellido Jáuregui, se presentaba al coronel José Vicente Villada y le decía: "Mi coronel, hoy es el aniversario de la muerte de mi padre, asesinado por Márquez en Tacubaya. Quiero vengar ó morir: pido la gracia de ponerme á la cabeza de la columna." Quien así hablaba tendría apenas veinte años. Volvía de México, en donde había retado á Márquez, quien rehusó el duelo. Era otro mártir que iba á reunirse, joven y animoso, con sus hermanos de 59. Combatía por la libertad y por su padre. ¿Qué héroe más digno de la estrofa épica?

Rayaba el alba. La columna del general Régules, tras fatigosa marcha por la sierra, había llegado al cerro de la Mesa, inmediato á Tacámbaro. Los belgas, en número de trescientos cincuenta dragones al man-

do del capitán Miñón, guarnecían esta plaza perfectamente fortificada. En la parroquia, junto á la cruz, símbolo santo del que murió por la libertad y la justicia, asomaba el cañón. Las fuerzas del general Régules no contaban más que con una pieza de montaña. Para Régules no había imposibles. Era el soldado que iba abriendo camino á la victoria. Pocas campañas más heroicas que las suyas se registran en nuestra historia. Cercado por todas partes de enemigos, en un Estado cuyas poblaciones todas estaban ya en poder del invasor, y perseguido por columnas expedicionarias, como la que mandaba el coronel de Pottier, tenía que refugiarse en las montañas y en los bosques y organizar allí sus expediciones atrevidas.

Rápido en sus evoluciones como Aquiles, á quien se da en la Iliada el epíteto de raudó; dotado del arte de engañar al enemigo por medio de astutos movimientos, frustrando así todos sus planes, admiró á Michoacán con sus proezas, y las fuerzas que le iban persiguiendo no consiguieron, á pesar de todos sus esfuerzos, más que ser testigos presenciales de su prodigiosa actividad y de su arrojo. El ataque de Tacámbaro fué concebido y realizado en un momento. La columna que atacó de frente fué mandada por el coronel Villada. El teniente coronel Jiménez mandaba la del flanco derecho, el teniente coronel Villanueva, la del flanco izquierdo y el coronel Eguiluz la caballería. Lanzado el primer disparo por la pieza de montaña á que nos referimos arriba, la guarnición belga se puso en movimiento. En aquellos instantes una idea infame cruzó por no sabemos qué cerebro. La esposa y los hijos del general Régules estaban en poder de los belgas. ¿Qué mejor escudo? La infortunada madre y el más tierno de los pequeñuelos, fueron llevados á la fortificación y

en ésta al punto de mayor peligro.—¡Al asalto!—clamó Régules. En ese instante alguien, horrorizado ó compasivo, le señaló el grupo trágico que en la frontera de fortificación se destacaba. ¿Qué iba á hacer Régules? Aquel minuto de terror supremo fué de los que tienen para el alma la duración de todo un siglo. El clarín de la patria confundía su marcial toque con la voz suplicante del amor y con el sollozo de los niños. Régules, sereno como un hombre de Plutarco, gritó de nuevo:—¡Al asalto!

La patria había vencido, como venció también, siglos atrás, en el ánimo heroico de Guzmán el Bueno. La patria es nuestra madre; mas cuando se ama, la patria está, viva y ardiente, en el corazón de la mujer amada; la patria está en el pecho de esos niños que son como una prolongación de nuestra vida, como el último término de la Trinidad sublime del amor. La patria quiere nuestras vidas, y las damos; pero la esposa es más que la vida y más que el alma. Para vencer en esta lucha, para ahogar el amor, como Oteló á Desdémona, para esgrimir la cuchilla contra todo lo que amamos, es necesario hallarse revestido de "triple bronce," según la frase de Horacio, no ser un hombre, ser un semi-dios. El asalto fué reñidísimo. El caballo alazán que montaba el general Régules cayó acribillado por las balas. Tomó otro, y en persona, en medio de una lluvia de balas continuó dirigiendo las operaciones. Podía decirse que sus propios soldados disparaban contra él, porque hacían fuego contra su esposa y contra sus hijos. ¿Puede darse situación más trágica? Las muestras de valor de los compañeros de Régules fueron incontables. Allá, Pablo Jiménez, sin parque ya y sin armas, se bate con los extranjeros cuerpo á cuerpo; Luis Robredo muere tomando una trinchera; Villa-

nueva incendia una de las puertas del convento, é iluminado por las llamas es el blanco de todos los disparos; Villada cae herido cuando penetra denodadamente por uno de los puntos fortificados: todo es muerte, la sangre humea por todas partes y en medio del fragor de la pelea, ante el convento envuelto por las llamas, Jáuregui, el noble joven á quien la sombra de su padre anima, cae herido mortalmente.

Los belgas, ya perdidos y refugiados en el interior de aquella hornaza, izaron la bandera blanca, volviendo sus fusiles por la culata. Los clarines tocaron parlamento. Los soldados patriotas se acercaron confiadamente al edificio. En este instante la bandera blanca fué arrancada con violencia, y una descarga de fusilería recibió á los bizarros asaltantes. Ante tamaña felonía era imposible contener el furor. La lucha fué breve, y momentos después la columna que mandaba el coronel Villada entraba, la primera, á la fortificación. El clamor de las tropas pedía ejemplares represalias. ¡No hay perdón ni cuartel para los que escudan sus cobardes pechos con el cuerpo de una madre y con las tiernas cabecitas de los niños; no hay perdón ni cuartel para el villano que pide gracia para herirnos á mansalva! En ese instante, á manera del ángel que detiene la cuchilla en el pasaje bíblico, aparecieron entre aquellas tropas la esposa y los hijos del general Régules. Dios había preservado sus vidas. Dios pagaba las deudas de la patria. La piedad venía con ellos, porque la piedad en horas tales, sólo puede abrigarse en el corazón de una madre ó en el alma de un niño. Los prisioneros belgas fueron perdonados, y cuando las tropas de Régules, hambrientas y agonizantes de cansancio, se retiraban de aquel sitio, el general dió orden para que diesen á los belgas los recursos con que contaba aquel